

publicación de ese estudio (1922) encaminado a la valoración objetiva del Sofista. Los restantes estudios son también de un gran interés actual y sólo cabe, finalmente, felicitar al editor por la feliz idea de editar este libro y de poner así al alcance del lector erudito y de todos los amantes de la cultura helena una parte de la obra de uno de los más grandes críticos de nuestra época.

ANTONIO TOVAR.

HENRY BARDON: *La littérature latine inconnue*. Tome II, L'époque impériale, Paris, Librairie C. Klincksieck, 1956. Un vol. de 338 páginas.

El Profesor Bardon ha completado en poco tiempo su obra sobre los autores perdidos de la literatura latina. Es una historia literaria paralela a la otra, la de los autores que podemos leer, y el crítico no puede prescindir del todo de aquellos a quienes el azar ha privado de posteridad. Tales autores existieron, tuvieron su influencia sobre poetas y prosistas que hoy podemos leer, y aunque no sea más que por esto, hemos de tenerlos en cuenta.

Comienza el libro con la época de Augusto. Junto a los Horacios y Virgilio tenemos la caterva de sus amigos y de sus enemigos: los restos de Mecenas como autor, los numerosos elegíacos, epigramatistas, y aun épicos y trágicos perdidos. Los fragmentos de la colección de Morel van apareciendo situados, hasta donde ello es posible, en su ambiente. Cornelio Galo es estudiado a la luz de las reconstrucciones de Skutsch. Bardon se resigna a no ir tan lejos con la imaginación. Sin embargo, Bardon reconstruye lo bastante la figura de Galo como para descubrir los rasgos de la poesía elegíaca latina tal como podemos admirarla en los grandes poetas conservados. Vario, Emilio Macer desfilan como figuras relativamente apreciables, lo mismo que Meliso o Domicio Marco.

De la misma manera reconstruye Bardon la prosa perdida de la época augustea. Las listas que se sacan de Séneca el retó-

rico no nos compensan de conocer de cerca alguna figura. Los historiadores están todos borrados a la sombra de Tito Livio.

Más clara parece ser la idea que sacamos de la poesía en tiempos de la dinastía augustea: Pomponio Segundo, Getulico, Cesio Baso... Otra vez los fragmentos conservados facilitan la comprensión de la literatura poética, mientras que las obras en prosa perdidas son mucho más difíciles de reconstruir. Geógrafos y paradoxógrafos desfilan entre las sombras, junto a los historiadores oscurecidos por el arte de Tácito.

El capítulo que abarca desde los Flavios a los Severos, es decir, el final del siglo I y todo el II, nos presenta literatura gramatical, numerosos autores arcaístas perdidos, que rastreamos tal vez en las *Noches Áticas* de Gelio. También se alude aquí al mundo literario de Plinio el Joven. El historiador Fabio Rústico, de origen español seguramente, biógrafos, autores de memorias... Pobre poesía la de esta época una vez desaparecidos Marcial, Estacio y Juvenal. Sin embargo, ahora la epigrafía nos da textos interesantes, que Bardon sitúa en el ambiente literario de la época.

El final de la obra se refiere a la declinación del paganismo, ya que no ha entrado dentro del plan del autor ocuparse de la literatura cristiana. La curiosa poesía de la época, que conocemos mal, aunque no falta representación en la *Anthologia Latina*... Los historiadores, mejor dicho, biógrafos solamente. Por fin el cuadro de los últimos poetas paganos.

Bardon señala que la literatura pagana muere no a manos de la cristiana, sino antes que ella se formara. Un examen de las causas de la desaparición de los escritores antiguos cierra el libro.

Recogiendo los datos de la investigación y analizando los testimonios de los antiguos, Bardon ha puesto de actualidad el tema de la pérdida de la literatura antigua en su gran parte, y ha revisado los latinos desaparecidos. Por ello hemos de estarle agradecidos.